

y la turbacion de tus ojos, que le olvidas, y no que me manifestes.

Esta es la critica que de tu retrato me ha hecho hacer una continua atencion. En consecuencia, he formado el proyecto de retocarle conforme à mis ideas. Estas se las he comunicado à un habil pintor, y por lo que ha hecho ya, confio verte en breve mas parecida à tí propia. Con temor de echar à perder el retrato, probamos las enmiendas en una copia que le he hecho sacar, y no los trasladada al original hasta que estamos bien seguros del efecto. Aunque yo dibujo menos que medianamente, no se cansa este artista de maravillarse de lo sutil de mis observaciones, y es porque no comprende cuanto mas instruido maestro que él es quien me las dicta. Algunas veces le parece muy raro; dice que soy yo el primer amante que haya pensado en ocultar objetos que nunca están bastante descubiertos à gusto de otros, y cuando le respondo que es para verte mejor toda entera para lo que te quiero tan vestida me tiene por loco. Ah! quanto mas atractivos tuviera tu retrato si pudiera yo inventar medio de retratar con tu rostro tu alma, y pintar à una tu hermosura y tu modestia! te juro, Julia mia, que grangeara mucho la primera con su reforma. Solo se veian las perfecciones que habia supuesto el pintor, y movido el espectador las supondrá cuales ellas son. No sé que secreto hechizo en tu persona reina, pero todo cuanto à ella toca participa de él; basta con ver un estremo de tu traje para adorar à la que le lleva. Al mirar tu vestido siente uno que en todas partes es el velo de las gracias que encubre la belidad; y parece que tu modesto arreo anuncia al corazon todas las perfecciones que à los ojos esconde.

CARTA XXVI.

A JULIA.

¡JULIA, ó Julia, ó tú que un tiempo me atrevi yo à llamar mia, y cuyo nombre hoy profano! la pluma huye de mi trémula mano; inundan el papel mis

llantos; apenas puedo formar los primeros renglones de una carta que nunca escribir debiera; ni puedo callarme, ni hablar. Ven, amada y casta imagen, ven à purificar y dar aliento à un corazon envilecido con la ignominia y despedido con el arrepentimiento. Sustenta mi animo que desfallece, da fuerza à mis remordimientos para confesar el involuntario delito que me ha dejado cometer tu ausencia.

¡Qué desprecio vas à tener de un culpado! pero mucho menos que el que tengo yo propio. Por mas vil que vaya à ser à tus ojos, cien veces mas lo soy à los míos, porque viendome tal cual soy, lo que mas me afronta todavía es verte y sentirte en lo interior de mi corazon, en un puesto de hoy mas indigno de tí, y pensar que no ha podido la memoria de los verdaderos deleites del amor preservar à mis sentidos de un lazo sin esbozo, y de un delito sin atractivos.

Tan grande es el exceso, que al recurrir à tu clemencia, temo que amancillen à tus miradas estos renglones que la confesion de mi atrocidad contiene. Perdona, alma casta y pura, una narracion que disimularia yo à tu modestia si no fuese el medio de expiar mi verro. Sé que soy indigno de tus bondades, que soy vil, soez y despreciable; pero à lo menos no seré falso ni aleve; y mas quiero que tu corazon y la vida me quites que engañarte un solo punto. Con temor de verme tentado à buscar disculpas que mas culpado me harian, me ceñiré à circunstanciarte con puntualidad el suceso, y seré tan sincero como mi sentimiento, que es todo cuanto me permitiré decir en mi abono.

Habia hecho conocimiento con varios oficiales de Guardias, y otros mozos paisanos nuestros en quienes encontraba un merito natural, que sentia ver estragado con la imitacion de ciertos estilos que de su buen caracter desdieren. Por su parte ellos se burlaban de ver que yo conservase en París la sencillez de las antiguas costumbres helveticas. Mis maximas y mis modales las tuvieron por lecciones indirectas que los enfadaban; y se resolvieron à hacerme mudar de est-

lo à cualquier precio. Despues de reiteradas tentativas, que se les malograron todas, concertaron mejor otra que les salió à medida de sus esperanzas. Ayer por la mañana me vinieron à proponer que fuera à cenar à casa de la muger de un coronel, que me nombraron, y que habiendo llegado à sus oidos la reputacion de mi arreglada conducta, tenia deseos, decian ellos, de conocerme. Tan necio fui que caí en el lazo: les representé que seria mejor ir antes à hacerle una visita; pero se rieron de mis escrúpulos, diciendome que no consentia tantos cumplimientos la sinceridad suiza, y que esos modales de ceremonias solo servirian para darle mala idea de mí. A las nueve fuimos à casa de la dama. Vino esta à recibirnos en la escalera, cosa que en parte ninguna habia visto. Al entrar vi en candeleros de chimenea unas velas de cera viejas, que acababan de encender, y en todas partes una aparicion de aparato que no me gustó. Parecióme bonita la dueña de casa, aunque algo avieja; con ella habia otras mugeres casi de la misma edad y que tenían el mismo defecto; su traje era bastante brillante, pero de mas pompa que buen gusto, bien que ya he notado que es este un punto por el cual no se puede juzgar en este pais de la condicion de una muger.

Fueron los primeros cumplimientos casi los mismos que en todas partes; el trato de gentes enseña à acortarlos, ó à convertirlos en chanzonetas antes que fastidien. No fué lo mismo así que empezó à ser general y seria la conversacion. Creí ver en estas damas un no sé que violento y atado como si no estuvieran acostumbradas à este estilo, y por la vez primera, desde que estaba en París, encontré mugeres que no sabian seguir una conversacion racional. Para hablar materia facil trataron de sus asuntos de familia; y como yo à ninguna de ellas conocia, dijo cada una de la suya lo que le vino à la cabeza. Nunca habia oido hablar tanto del señor coronel, cosa que me pasaba en un pais donde es estilo llamar mas bien à las personas por sus nombres que por sus titulos, y don-

de los que tienen este por lo comun toman otros.

En breve se signieron à esta afectada dignidad modales mas naturales. Pusieron à hablar en voz baja; y volviendo sin pensar en ello à tomar estilos de familiaridad nada decente, cuchicheaban y se sonreian, mirandose mientras que el ama de la casa me hacia preguntas acerca del estado de mi corazon con expresiones tan resueltas, que no eran las que ganarle podian. Sirvieron, y la libertad de la mesa, que al parecer confunde todas las condiciones, pero que realmente pone à cada uno en su verdadero lugar sin que en tal piense, me acabó de confirmar en que casa me hallaba. Era muy tarde para desdormirme. Así fiando mi seguridad de mi repugnancia destiné la noche à mi oficio de observador, y resolví emplear en conocer esta clase de mugeres la única ocasion que para ello en mi vida tendria. Poco fruto saqué de mi estudio; tenían tan poca idea de su actual estado, tan poca prevision acerca del tiempo venidero, y excepto la gerigonza del oficio, eran à todas luces tan estúpidas, que en breve desvaneció el desprecio la lástima que al principio me causaban. Aun hablando del deleite vi que eran incapaces de sentirle. Me parecieron de estrema codicia para todo cuanto podia tentar su avaricia: exceptuado esto no vi salir de su boca palabra ninguna que viniera del corazon. Me admiré de que hombres decentes pudieran sufrir tan áspera sociedad. A mi ver hubiera sido imponerles una pena cruel el condenarlos al género de vida que ellos mismos escogen.

No obstante, se alargaba la cena, y crecia la bulla. A falta de amor inflamaba el vino à los convidados. Las expresiones no eran tiernas, pero sí deshonestas, y las mugeres procuraban escitar con el desorden de sus vestidos los deseos que hubieran debido causarle. Primero todo esto hacia en mí un efecto contrario, y solo para infundirme aversion servian todos sus esfuerzos para seducirme. ¡Dulce pudor, decia yo en mi interior, deleite supremo del amor, que

de atractivos pierde una muger, así que de ti renuncia; ¡cuanto se esmerarian, si conocieran tu imperio, en conservarte, sino por honestidad, à lo menos por deseo de agradar! Pero no se finge el pudor, ni hay artificio mas ridiculo que el que à imitarle aspira: ¡que diferencia pensaba luego entre el grosero descaro de estas rameras, y sus torpes equívocos con aquellas miradas timidas y apasionadas, con aquellas razones llenas de modestia, gracia y afecto, con que!... No me atrevia à concluir, me avergonzaba de tan indignas comparaciones... Me acusaba, como de otros tantos delitos de las deliciosas memorias que contra mi voluntad me perseguían... ¡En que sitio era yo osado à pensar en aquella!... Ay! no pudiendo apartar de mi corazón tan cara imagen me esforzaba à correr un velo.

La bulla, las palabras que oía, los objetos que à mi vista se ofrecían, me inflamaron poco à poco; mis dos vecinas no cesaban de hacerme caricias, que al fin fueron tan espesivas que no me dejaron mi frialdad de sangre. Sentí que flaqueaba mi cabeza; había bebido siempre mi vino muy aguado, eché mas agua aun, y al fin quise beber agua pura. Entonces conocí que lo que había creído agua era vino blanco, y que me habían engañado mientras la comida. No articulé quejas de que se hubieran burlado, pero cesé de beber. Ya era tarde, y estaba el daño hecho. No tardó la embriaguez en privarme del poco conocimiento que me quedaba. Cuando volví en mí, me hallé pasmado en brazos de una de estas disolutas, y tuve al mismo tiempo la desesperacion de sentirme tan culpado como era posible serlo.

He concluido este horroroso cuento; no amancille mas tiempo tus ojos ni tu memoria. O tú de quien mi sentencia aguardo; tu rigor imploro y le merezco. Sea cual fuere mi castigo, menos crudo será para mí que la memoria de mi delito.

CARTA XXVII.

DE JULIA.

SOSIEGUE V. sus temores de haberme

enojado; mas sentimiento que ira me ha causado su carta. No à mí, à si propia se ha ofendido V. con un desorden en que no tuvo parte el corazón, y esto es lo que mas me aflige; que quisiera haber visto que V. me agravaba que no que se envilecía, y el mal que se hace à si mismo es el que no puedo perdonar yo.

Contemplando en si solo el yerro de que se avergüenza V., se cree mas culpado de lo que es; y en este caso no veo mas que una imprudencia que achacarle; pero esto viene de mas arriba, y tiene raices mas hondas que V. no ve, y que es necesario que le descubra la amistad.

El primer error de V. es haber tomado mal camino desde que empezó à conocer el mundo; ¡cuanto mas pasos dà mas se extravía, y estremecida veo que se pierde si no vuelve atras! Insensiblemente se deja V. llevar al lazo que me había yo temido. Primero no podía seducir à V. el grosero cebo del vicio; pero las malas compañías para estragar su virtud han empezado engañando su razon, y ya hacen en las costumbres de V. la primera prueba de sus maximas.

Aunque nada circunstanciado me haya V. dicho de las gentes que en Paris frecuenta, facil es juzgar por su cartas de su sociedad, y de los que le enseñan los objetos por su modo de verlos. No le disimulad à V. lo poco satisfecha que de sus relaciones me hallaba; ha seguido en el mismo estilo, y ha ido aumentando mi disgusto. De verdad pudiera creerse que son estas cartas los sarcasmos de un petimetre, antes que las relaciones de un filosofo, y apenas se conoce la misma mano que en otro tiempo tan distintas me las escribía: ¡pues que, se piensa V. en estudiar à los hombres en los mezquinos estilos de algunas tertulias de cultas latiniparlas y de hombres desocupados, y un barniz exterior y pegadizo que apenas debía parar su contemplacion, constituye el fondo de todas sus observaciones! ¿Merecía la pena el recopilar tan atentamente estilos que dentro de diez años estarán olvidados, mientras que desdeña V. en sus pesquisas los eternos muelles del corazón humano, el se-

creto y duradero juego de las pasiones? Examinemos sino la carta sobre las mugeres, ¿que hallaré en ella que à conocerlas me enseñe? Algunas descripciones de sus adornos de que todo el mundo está instruido; algunas malignas observaciones sobre su modo de vestir y presentarse, algunas ideas de los desordenes de un corto numero, contra toda justicia generalizadas, como si en Paris se hubiese distinguido el amor de la honestidad, y como si todas las mugeres rodaran coche y fueran à los primeros aposentos. ¿Me ha dicho V. algo que con solidez de sus gustos, sus maximas y su verdadero caracter me instruya? y no es extraño que hablando un hombre de juicio de las mugeres se haya olvidado de lo que respecta à los cuidados caseros y la educacion de los hijos? (1) Lo unico que parece ser de V. en toda esta carta, es el gusto con que elogia su buena indole que honra la de V.; y aun en eso no ha hecho mas que hacer justicia al sexo en general; ¿porque en que país del mundo no son la dulzura y la conmisericordia amables dotes de las mugeres?

¿Que diferencia de pintura si me hubiera V. descrito lo que hubiese visto mas bien que lo que le hubiesen dicho, ó à lo menos si solamente hubiera consultado con personas discretas! ¡Con que V. que tanto en conservar su buena razon se ha esmerado ha de ir à perderla con animo resuelto en el trato de una mocedad desatinada, que busca la sociedad de los sabios para seducirlos, y no para imitarlos! Se para V. en una engañosa conformidad de edad que no le cae bien, y se olvida de las de luces y razon que son las esenciales. No obstante todos sus rebatos, es V. el mas facil de los hombres, y no obstante la madurez de su inteligencia, se deja de tal modo llevar de aquellos con quienes vive, que no puede frecuentar à personas de su edad sin bajar mas abajo y volverse niño. Así se de-

grada V pensando que se pone en su lugar, y perderá de valor si no escoge amigos mas prudentes que V.

No afeo à V. el haberse dejado llevar sin saber donde à una casa de mal vivir; pero si le afeo el haberse dejado llevar por oficiales mozos que no debía tratar, ó à lo menos à quienes no debía permitir que dirigiesen sus pasatiempos. Por lo que al proyecto de traerlos à mejores principios hace, mas celo que prudencia encuentro en él: si es V. muy serio para camarada suyo, tambien para mentor es muy mozo, y no se debe meter à reformar al proximo hasta que nada le quede que hacer consigo mismo.

El segundo yerro mas grave todavia y mucho menos disculpable es haber podido pasar voluntariamente parte de la noche en sitio tan poco digno de V. y no haberse salido desde el instante primero que conoció la casa en que estaba. Las disculpas de V. son miserables: *era muy tarde para desdecirse*, como si en semejantes sitios hubiese alguna especie de bien parecer, ó como si la virtud debiera ceder su puesto al bien parecer, y no fuese siempre tiempo de evitar una mala accion. En cuanto à la seguridad que de su repugnancia fiaba V. no hablaré de ella; el caso ha probado lo bien fundada que estaba. Hable V. con franqueza à la que sabe leer en su corazón; la vergüenza fue la que le contuvo. V. se temió que se burlaran de él al salirse; le metió miedo un momento de hucneo, y mas quiso esponerse al remordimiento que à la mofa. ¿Sabe V. la maxima que en este lance siguió? La primera que introduce el vicio en las almas de buen natural, que con la publica griteria sofoca la voz de la conciencia, y que reprime la valentia de obrar bien con el temor del que dirán. Hombre hay que venceria las tentaciones, y se rinde al mal ejemplo, que tiene rubor de ser modesto, y por vergüenza se

(1) ¿Y porque no ha de olvidar? acaso son estas sus obligaciones? Que seria entonces del mundo, y del estado? Ilustres autores, brillantes academicos, ¿que seria de vosotros todos si fuesen ahora las mugeres à abandonar el gobierno de la literatura y los negocios publicos para gobernar su casa?

torra descarado; y mas corazones honrados estraga esta mala vergüenza que las malas inclinaciones. De ella especialmente ha de resguardar V. el suyo; porque por mas que haga, le domina contra su voluntad el miedo de ser ridiculizado. Mas antes arrostrará V. cien peligros que una burlata, y nunca se ha visto hombre tan tímido con pecho tan intrepido.

Sin hacer alarde aquí contra este defecto de preceptos de moral que sabe V. mejor que yo, me ceñiré á proponerle un medio para preservarse de él, acaso mas facil y seguro que todos los silogismos de la filosofía: que es hacer en el entendimiento una ligera transposición de tiempo, y anticipar algunos minutos del futuro. Si en esta malhadada cena se hubiera V. fortificado contra un instante de befa de parte de los convidados con la idea del estado en que se iba á encontrar su animo así que estuviera en la calle; si se hubiera representado el contento interno de huir los lazos del vicio, la utilidad de empezar á adquirir el habito de vencer que facilita los triunfos, el gusto que le hubiera causado la conciencia de su victoria, el de describirmela, el que yo propia hubiera tenido: ¿es creible que no hubiera podido mas todo eso junto que una repugnancia de un momento, á que nunca hubiera V. cedido á haber previsto las consecuencias? y que repugnancia es esta que da valor á las burlas de hombres cuya estimacion ninguno tiene? Esta reflexion infaliblemente habria preservado á V. á costa de un instante de vergüenza sin fundamento de otra muy mas justa y mas duradera, del arrepentimiento y el peligro; y no disimulando á V. nada, algunas lagrimas menos hubiera vertido su amiga.

Dice V. que quiso destinar la noche á su oficio de observador. ¿Que destino, y que oficio! me avergüenza V. con semejantes disculpas. ¿No tendrá V. tambien un dia la curiosidad de observar á los foragidos en sus cavernas, y ver como hacen para robar á los caminantes? ignora V. que hay tan odiosos objetos que ni siquiera es permitido verlos

al hombre de honor, y que no puede la indignacion de la virtud aguantar el espectáculo del vicio? El sabio observa el desorden publico que no puede refrenar, y manifiesta en su entristecido rostro el sentimiento que le causa; pero por lo que á los desordenes privados hace, se opone á ellos, ó desvia la vista por temor de autorizarlos con su presencia. Por otra parte, ¿que necesidad habia de semejantes sociedades para colegir lo que en ellas sucede, y las palabras que se hablan? Yo por solo su objeto, mas que por lo poco que V. me ha dicho, facilmente adivino todo lo demas, y la idea de los deleites que en ellas se hallan me da á conocer lo bastante los sujetos que los buscan.

No sé si adopta ya la comoda filosofía de V. las maximas que dicen asentadas en los pueblos grandes para tolerar semejantes sitios; pero á lo menos espero que no sea V. de los que se desprecian tanto que se permitan su uso, con pretexto de no sé que imaginaria necesidad que solo conocen los sujetos de mala vida, como si en este punto fueran ambos sexos de diferente naturaleza, y como si en la ausencia el celibato necesitase un hombre de bien recursos que una muger honrada no necesita. Si no lleva este error á V. á casa de rameras, me temo que siga extraviando á V. propio. Ah! si quisiera ser despreciable, sealo V. sin pretexto á lo menos, y no añada á la disolucion la mentira. No nacen todas esas pretensas necesidades de la naturaleza, sino de la depravacion de los sentidos. Hasta las ilusiones del amor en un corazon casto se purifican, y solo al que está ya estragado corrompen, y al contrario se sustenta por si misma la pureza; refrenados siempre los deseos se acostumbra á no renacer, mientras que con el habito de rendirse se multiplican las tentaciones. Dos veces me ha hecho la amistad vencer mi repugnancia á tratar de semejante asunto; esta será la última, porque, ¿con que titulo esperaria yo alcanzar de V. lo que á la honestidad, al amor y á la razon negare?

Vengo al importante punto por donde

de empecé esta carta. De veinte y un años me escribia V. del Valais descripciones graves y juiciosas; de veinte y cinco me envia de Paris cartas taraceadas, en las cuales en todas partes están el sentido y la razon sacrificados á cierto estilo bufon, muy distante de su caracter. No sé como lo ha hecho, pero desde que vive V. en el emporio de los talentos parece que ha disminuido el suyo; habia ganado con rusticos, y pierdo con los espiritus elevados. No es culpa del pais donde V. vive, sino de la gente que trata; porque no hay cosa que tanto pulso requiera como la mezcla de lo excelente y lo pésimo. Si quiere V. estudiar el mundo frecuente á los sujetos sensatos, que le conocen en virtud de una dilatada experiencia, y maduras observaciones, y no á mancebos atolondrados, que solo ven la superficie y las ridiculeces que de ellos propios nacen. Lleno está Paris de sabios acostumbrados á reflexionar, y á quienes todos los dias ofrece materia de meditacion este vasto teatro. No me hará V. creer que van estos varones graves y estudiosos corriendo de casa en casa, de tertulia en tertulia, divirtiendo á jóvenes y mugeres, y gastando toda la filosofía en parladuras. Tienen sobrada cuenta con su dignidad para envilecer así su estado, prostituir su talento y sustentar con su ejemplo costumbres que debieran enmendarse. Cuando lo hiciere la mayor parte, ciertamente hay muchos que no lo hacen, y esos son los que debe V. frecuentar.

¿No es cosa singular que de V. propio en el defecto que á los modernos autores cómicos achaca; que para V. Paris solo sujetos de elevada gerarquía encierre, y que los de su estado sean los unicos que no miente? Como si no costaran á V. bastante caro las vanas preocupaciones de la nobleza, para que las aborrezca, y como si creyera bajarse frecuentando á vecinos honrados; que acaso son la clase mas respetable del pais donde se halla. En vano se disculpa V. con los conocidos de milord Eduar-do, con esos hubiera V. podido buscar otros en clases inferiores. Quieren su-

bir tantas personas, que siempre es facil bajar, y por confesion propia de V. el unico medio de conocer las verdaderas costumbres de un pueblo, es estudiar su vida privada en las condiciones mas numerosas, porque detenerse en sujetos que siempre están representando es solo ver comediantes.

¿Quisiera que la curiosidad de V. se extendiera todavia mas allá? Porque en ciudad tan rica es tan miserable la plebe, mientras que tan rara es la estremada miseria entre nosotros, donde no se ven hombres de millones? Esta cuestion me parece que es digna de las investigaciones de V., pero para resolverla ha de salir de la esfera de los sujetos con quienes vive. Un principiante va á los aposentos dorados á aprender los estilos del mundo; pero el sabio en la chuzza del pobre se instruye en sus misterios. Allí es donde patentemente se ven las oscuras artes del vicio, que en medio de una concurrencia cubre con afectadas palabras; allí donde se comprende con que secretas iniquidades arrancaen el valimiento y la riqueza un mendrugo de pan negro al oprimido de quien en publico fingien compadecerse. Ah, si he de dar credito á nuestros militares viejos, que de cosas aprenderia V. en las guardillas de un quinto piso, que sepulta el mas hondo silencio en los palacios del barrio de san German! y cuantos elegantes parleros se verian confusos con sus fingidas maximas de humanidad si á desmentirlas se presentasen todos los infelices cuya desdicha han labrado!

Se que á nadie agrada el espectáculo de la miseria que no puede aliviar, y que hasta el rico aparta los ojos del pobre que se niega á socorrer; pero no solo es dinero lo que necesitan los infelices, y los tardos en beneficencia son los unicos que no saben hacer bien sino con el bolsillo en la mano. Los consuelos, los consejos, las diligencias, los amigos, la proteccion son otros tantos medios que á falta de riquezas deja la comiseracion á V. para aliviar al desvalido. A veces los oprimidos lo estan solo porque les falta organo para dar á entender sus

quejas. En muchas cosas no se trata mas que de una palabra que no pueden decir, de una razon que no saben explicar, de la puerta de un grande que no pueden pasar. Basta con el intrepido apoyo de la virtud desinteresada para remover una infinidad de estorbos, y puede la elocuencia de un hombre de bien arredrar la tirania en medio de su omnipotencia.

Asi si quiere V. ser efectivamente hombre, aprenda à bajar. Corre la humanidad como una onda saludable y pura, y va à fertilizar los sitios mas bajos; busca siempre su nivel, y deja secas amenazan aridas rocas que a las vecinas sepultan.

De este modo, amigo mio, se aprovecha el tiempo presente, instruyendose para el venidero, y vale la bondad de las lecciones de la sabiduria, para que aun en caso de que las luces que hemos adquirido vengan à sernos inútiles, no por eso perdamos el tiempo gastado en adquirirlas. Quien ha de vivir con sugetos que ejercen altos cargos nunca puede preservarse sobradamente de sus pestilentes maximas, y solo el ejercicio continuo de la beneficencia es el que resguarda à los mejores corazones del contagio de los ambiciosos. Creame V.; pruebe este nuevo genero de estudios que es mas digno de V. que los que hasta aqui ha abrazado, y como à medida que se corrompe el alma se coarta el entendimiento, en breve verá V. al contrario quanto la practica de las virtudes sublimes enaltece y alimenta el ingenio; y quanto mas vale un interes tierno con las ajenas desdichas para hallar su origen y desviarnos en todo sentido de los vicios que las han causado.

En la critica situacion en que me parecia que V. se encontraba debia hablarle con todo el candor de la amistad por temor de que otro nuevo paso hacia el desorden le sumiera totalmente sin remedio en el antes que tuviera tiempo de volverse atras. Ahora no puedo disimular à V., dulce amigo mio, quanto

me ha enternecido su ingenua y pronta confesion, porque veo quanto le ha costado la vergüenza de hacerla, y por consiguiente quanto pesaba esta culpa en su corazon. Facilmente se olvida y se perdona un error involuntario; en quanto al tiempo venidero retenga V. bien esta maxima que yo no olvidaré: Quien se puede engañar dos veces en semejante caso no fué engañado la primera.

A Dios, amigo; cuida de tu salud por mi vida, y mira que no deben quedar vestigios de un delirio que yo he perdonado.

P. D. Acabo de ver en manos del señor de Orbe copia de varias cartas de V. à milord Eduardo, que me obligan à que me retracte de parte de mis censuras acerca de la materia y el estilo de sus observaciones. Convento en que se yersan dichas cartas sobre asuntos importantes, y que me parecen llenas de graves y juiciosas reflexiones; pero en consecuencia es cosa clara que no nos aprecia V. mucho ni à mi prima ni à mí, ó que se cura muy poco de nuestra estimacion, puesto que nos envia relaciones tan capaces de disminuirla, mientras que para su amigo compone otras muy mejores. Parece que con eso honra V. poco sus lecciones, creyendo que no son dignas sus discipulas de apreciar su talento, y à lo menos por vanidad deberia fingir que cree que estamos en estado de entenderle.

Confieso que no es la politica asunto para mugeres; tanto nos ha fastidiado con ella mi tio, que bien comprendo que haya V. podido temer que le suceda otro tanto. Hablando ingenuamente tampoco es el estudio que yo preferiria: están sus utilidades tan lejos de mí, que me mueven muy poco, y son sobrado sublimes sus luces para hacer viva impresion en mis ojos. Obligada à amar al gobierno en que quiso el cielo que yo naciera, poco me curo de saber si los hay mejores, ¿y para que me serviria saberlo con tan pocas facultades para establecerlos? Porque he de contristar mi animo contemplando tan acerbos males que no puedo remediar, mientras

que veo en torno de mí otros que me es dado aliviar? Pero le amo à V., y el interes que no me inspira la materia me le debe el autor que de ella trata. Con tierna admiracion recopiló todas las pruebas del ingenio de V., y ufana con un merito tan digno de mi corazon pido al amor solo aquella porcion de inteligencia que para evaluar la de V. es necesaria. No me niegue V. la satisfaccion de conocer y amar todo quanto bueno hace. ¿Quiere V. desairarme con la opinion de que si uniese el cielo nuestra suerte no creeria que era su compañera digna de pensar con V.?

CARTA XXVIII.

DE JULIA.

Tono está perdido; todo descubierta. No encuentro tus cartas en el sitio donde las habia escondido. Anoche to-

davia estaban: hoy es cuando han podido cogerlas. Solo mi madre puede haberlas encontrado. Si las ve mi padre, acabó mi vida. ¿Y de que serviria que no las viera, si he de renunciar...? ¡Ay Dios! mi madre me envia à llamar! Adonde huiré! ¿como he de sufrir su vista? ¿si pudiera esconderme en el centro de la tierra!... Me tiembla todo el cuerpo, y no estoy en estado de dar un paso.... La vergüenza, la afrenta, los acerbos denuestos... todo lo he merecido, todo lo aguantaré... Pero el quebranto, los llantos de una desconsolada madre!... ¡Oh corazon, mio que de amargos tragos!... Me espera, no puedo tenerme mas.... Querrá saber... tendré que decirselo todo.... despedirán à Regianino. No me escribas hasta nueva orden... ¿quien sabe si nunca?... Bien podria... que? mentir!... mentir à mi madre? Ah! si hemos de librarlos mintiendo, à Dios, perdidos estamos!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.